

Comentarios

El capitán por su boca muere o la piedad de Eros

Daniel Gil

Ed. Trilce (Montevideo, 1999)

En este libro, Daniel Gil, nos hace conocer el único testimonio de un protagonista directo del terrorismo de estado en el Uruguay. Recorrer sus páginas nos acerca paulatinamente a lo que denomina la mentalidad de un torturador. Pero, sobre todas las cosas, hay en Daniel una prerrogativa ética, marcada por el dolor del padecimiento (propio y de otros) de lo que fuera uno de los capítulos mas siniestros de nuestra historia: la dictadura cívico-militar que sufrimos los uruguayos a partir de la década de 1970.

Desde el comienzo nos ubica ante una pregunta esencial que atraviesa las hipótesis de trabajo contenidas en el libro: “¿cómo es posible que un hombre pueda infligir sufrimiento a otro, incluso hasta matarlo? Y esto, no presa del odio, de la pasión, sino en el marco del cumplimiento de una función” (pág. 7). Para intentar dar respuesta a ésta pregunta dispone del testimonio del Capitán (R.) Jorge Néstor Tróccoli a través de su libro *La ira de Leviatán* (ed. de la rev. tres 1996) y de artículos y entrevistas periodísticas realizadas.

A su vez, se apoya en otros testimonios, la experiencia que como psicoanalista le permitió la escucha en profundidad de muchas personas que padecieron la tortura, la cárcel y la persecución. También recoge el autor la palabra lúcida y desgarrante de dos sobrevivientes de los campos de concentración nazi: Primo Levi (autor de varios ensayos y novelas testimoniales de su experiencia en los campos) y de Roberto Antelme (autor del libro *La especie humana*)

Surgen así dos figuras paradigmáticas y antinómicas, el torturador y su víctima dando cuenta de lo que puede ser (hacer) la condición humana en esos momentos límites. Más allá del deseo de saber, de investigar sobre el tema, encontramos en el

autor del libro sentimientos contradictorios, por momentos angustiantes, que la propia escritura intenta redimir.

¿Cómo suspender el juicio moral, la condena y la indignación para dar lugar a la posibilidad de pensar en un fenómeno psicológico y social de enorme trascendencia?, ¿cómo asomarnos a éstos abismos insondables con un equipaje teórico que reconocemos insuficiente para comprender estos acontecimientos?

La lectura minuciosa y certera que Daniel realiza de los textos de Freud y Lacan acompaña este recorrido. Tuvo que recurrir también a las reflexiones sobre ética y moral que Hanna Arendt desarrolla en distintos trabajos y principalmente en lo que nos ha legado sobre el tema los escritos de I. Kant.

La autora de “Eichmann en Jerusalem”, describe en ese libro y en artículos posteriores un concepto que será clave para tratar de entender la mente del torturador: lo denomina la Banalidad del Mal. En su impacto ante la persona de Eichmann, Arendt descubre cómo el conocido nazi a pesar *de* lo terrible de sus actos no era un ser diabólico ni monstruoso ni nada que se le parezca: “la única característica específica que se podía detectar en su pasado, así como en su conducta a lo largo del juicio y del examen policial previo, fue algo enteramente negativo: no era estupidez, sino una curiosa y absolutamente auténtica incapacidad para pensar” (en “De la historia a la acción: El pensar y las reflexiones morales” Ed. Paidós pág. 109). Tomando éste y otros artículos que lo ayudan en la reflexión, el autor, nos propone tres preguntas esenciales:

a) ¿es posible hacer sufrir a otro, al prójimo, sin maldad, es decir sin odio? ¿el mal es banal? b) ¿esa práctica, la puede realizar una persona que en el resto de sus actividades y funciones, puede ser considerada normal? c) ¿todos los seres humanos puestos en determinadas circunstancias, actúan de la misma manera, descargando una agresión que está en su esencia?

Mas allá de su vacuidad, el Cap. (R.) Tróccoli usa palabras para referirse a hechos de horror. El libro es el testimonio de una escucha minuciosa, “al pie de la letra”, sin intentar encontrar allí ningún sentido oculto, ni tampoco el monstruo en las profundidades. A la ira, a la fuerza, al Leviatán, verdaderos iconos del discurso autoritario, se oponen la Piedad (que es la compasión por el sufrimiento del prójimo), el reconocimiento del otro, la vergüenza de las víctimas. Este libro no habla de venganza,

no habla de revisión, sino del recurso ético de la verdad y de la justicia para que algo de la dignidad humana pueda resurgir.

La banalidad del mal

Las raíces de este concepto se encuentran en las reflexiones de Kant sobre la moral, la capacidad de pensar, la libertad y el deber de hacer uso de la razón para comunicar los pensamientos. La idea es que la conciencia moral, en relación con la capacidad y la libertad de pensar exige una responsabilidad ante el mal. Si creemos que el mal es un fenómeno propio de la naturaleza humana, frente al cual no puede oponerse la voluntad y a su vez, creemos que la idea de bien es irrealizable, se excluye el concepto de virtud como algo humano y se pierde así la noción de responsabilidad. De esta manera la facultad de juicio puede quedar en manos de cualquier superior iluminado, y quedan peligrosamente separados la libertad y el juicio moral.

El autor también trabaja la idea de H. Arendt, de que solo el pensar es la actividad que protege a los hombres ante la posibilidad de hacer el mal. El pensar, suspende a la acción, lo que implica un repliegue hacia uno mismo, pone en cuestión todo lo que se cree, socava los criterios establecidos incluyendo los valores y pautas sobre el bien y el mal. Esto no es patrimonio de unos pocos, comprende a todo ser humano que tiene la necesidad de pensar. No se esperan resultados, ni leyes, axiomas o algún tipo de adhesión a códigos o reglas preestablecidas.

El no pensar hace que la gente se adhiera rápidamente a cualquier tipo de códigos, o leyes, o reglas de conducta, que pueden ser emanadas de cualquier “mente iluminada” (como es el caso de líderes, conductores o Führers; tal como Freud lo puso de manifiesto en “Psicología de las masas”).

Así expresa Hanna Arendt la absoluta incapacidad de pensar de Eichmann: “funcionaba en su papel de prominente criminal de guerra, del mismo modo que lo había hecho bajo el régimen nazi: no tenía la mas mínima dificultad en aceptar un conjunto enteramente distinto de reglas. Sabía que lo que antes consideraba su deber, ahora era definido como un crimen, y aceptó este nuevo código de juicio como si no fuera mas que otra regla de lenguaje distinta” (ob. cit. pág. 109)

A diferencia de Eichmann que solo usaba frases hechas para expresarse hay –dice Daniel Gil–: otra forma mas sutil, en donde el no pensar aparece recubierto por el uso

de conocimientos que explican las conductas” (ob. cit. pág.14). Esto es también una forma de ejercicio del mal, ya que Tróccoli intenta explicar los hechos y justificarlos apelando a “conocimientos científicos” sobre la conducta humana desde diferentes ópticas. Construye un discurso plagado de frases hechas, sin cuestionamientos y con total ausencia de referencias morales (por lo menos tal como la entendemos nosotros) sin arrepentimiento, ni culpa, ni sentimiento de responsabilidad por lo sucedido.

Las falacias del capitán

En los capítulos siguientes, el autor nos demuestra minuciosamente cómo Tróccoli recurre a un sinnúmero de inexactitudes, mentiras y tergiversaciones *de* la metodología de la información y estudios. Es tanto y tan importante cada frase del material recogido, que se hace imposible sintetizar tanto lo dicho por el Capitán como los comentarios que paso a paso y en una certera disección del discurso realiza Daniel Gil. A pesar de ello voy a intentar señalar sus puntos principales.

Desde sus orígenes como soldado, su autoexclusión de la vida civil, y el paulatino desprecio a lo que no era militar, van transformando al hombre en lo que él define como un “guardia pretoriano”: “mi tarea estaba por encima de los hombres, por encima de mí mismo” (ob. cit. pág. 18). Esto es motivo de orgullo para Tróccoli, ser un guardia pretoriano, los elegidos, los “profesionales de la violencia”, aquellos que están más allá del bien y del mal. El Capitán asume los hechos inhumanos que formaban parte de su apreciación sobre el combate al enemigo. Asume haber torturado, sin odios, como lo hace un verdadero profesional de la violencia.

Daniel Gil recoge estos y otros testimonios sobre lo que es ser un militar y se pregunta por este supuesto “acto de responsabilidad” al decir que “asume”. Percibe claramente que esto no constituye un acto individual. Más allá de las consideraciones personales, hay un discurso colectivo, de cuerpo, de reglas implícitas y explícitas que avalaron y avalan esta conducta. El silencio de las FFAA sobre estos temas no hace más que legitimar el acuerdo con estas afirmaciones ya que tampoco desmienten lo dicho.

Para apoyar sus opiniones el Capitán Tróccoli apela a una metodología de trabajo engañosa. Sobre la historia nacional, el origen de la patria y el momento en que se desarrollaron los hechos en cuestión, así como explicaciones y justificaciones de por qué llegó a lo que llegó (es decir, convertirse en un torturador). Así explica no solo los

hechos históricos sino aspectos antropológicos, psicológicos y sobre la esencia de la conducta humana que son irreconciliables con cualquier metodología científica que se precie de tal. Para Gil, esta omni-explicación, que quiere explicarlo todo, termina no explicando nada.

Basado en afirmaciones tergiversadoras, explica lo que es la guerra, el rol de las FFAA, el enemigo y sus extrañas concepciones sobre la tortura.

La extensión del concepto de enemigo y el de guerra es inverosímil: “los argumentos para detener gente ya no eran solamente de carácter táctico, ahora lo estratégico, lo propagandístico, lo psicosocial, lo ideológico, formaban parte de nuestro pensamiento, de nuestra argumentación y de nuestra planificación” (ob. cit. pág.27). Esto permitía la detención, el maltrato, la tortura a todo aquel ciudadano que pensara distinto al régimen imperante. Todos son enemigos potenciales de las FFAA y para que éstas tengan sentido, tiene que haber un enemigo: “aunque sea en el plano de la hipótesis”. Esta generalización del concepto de guerra, enemigo, y la contrapartida de violencia que conlleva, determina que enemigos seamos todos sin discriminar el método que cada uno tenga de dirimir los conflictos sociales o políticos. Detrás de este sistema de pensamiento, nos advierte Gil, está el totalitarismo y el campo de exterminio.

El Capitán Tróccoli asume públicamente el haber torturado a presos políticos durante el régimen dictatorial. Tal como sucede con otros conceptos, tergiversa la situación de tortura, llegando a edulcorar este sistema abyecto y convertirlo casi en una relación entre amigos entrañables: “durante un interrogatorio el detenido hablaba muchas veces, como nunca había hablado con nadie. En la intimidad de la sala (sic), y sin que mediara violencia física, lo peor era el contacto con los niveles de lo humano, el profundizar, unos y otros (sic), en aquellos abismos psíquicos vedados hasta ese momento, incluso para nosotros mismos” (ob. cit. pág. 36). Eran “conversaciones” en las que se llegaba a la “intimidad”, llegando a preguntarse “ingenuamente” d’ por que nos torturábamos unos a otros? Esta trivialización de la tortura lleva a borrar la asimetría radical entre víctima y victimario, y a definir la tortura al margen de su significado, de la historia del concepto y de los acuerdos internacionales. Tampoco dice nada del tipo de torturas más atroces (golpes, picana, submarino, violaciones, etc.) y afirma que solo es una práctica para obtener información. La obtención de información en la práctica de la tortura es un objetivo menor, ante la necesidad del terrorismo de estado de crear un terror generalizado, como el propio autor en un libro anterior sobre el tema sostenía: “la

dictadura uruguaya funcionó como un gran sistema de poder político y control social basado en una pedagogía del miedo que se ejemplificaba con la detención, la tortura y la prisión” (D. Gil “El terror y la tortura” Ed. Eppal-1990). Atrapado en argumentaciones falsas como las circunstancias históricas que le tocó vivir o el intento de explicar su conducta por medio de nociones pseudo científicas , apoyado en la experiencia realizada en los EEUU por Stanley Milgram en 1974, Tróccoli extrae conclusiones que ni el propio Milgram afirmaba, como por ejemplo, creer que la violencia ejercida sobre otro ser humano es algo inherente a la especie humana, y que bajo ciertas condiciones cualquier persona puede operar de esta forma contra otro.

Así no le es posible pensar, y mucho menos establecer juicios sobre el bien y el mal. El bien para Tróccoli se transforma en el cumplimiento del objetivo, que es el combate y ganar la guerra.

Estas serían las zonas hacia donde se desplaza la concepción de moral que posee. Desestima la posibilidad de abrir juicios de valor sobre las violencias cometidas ya que están justificadas por formar parte de hechos de guerra. Para él la moral y la ética es la exigencia de ganar la guerra, y en una guerra no se piensa en esos tópicos. Tampoco se pronuncia sobre las secuelas de horror que dejó la dictadura. Del tándem de muertes, violaciones, desapariciones forzadas, niños raptados, etc. el Capitán Tróccoli no dice nada, y lo que dice, es una forma de decir, para creer que nada sucedió. Por ejemplo, al referirse a lo que pasó con los niños raptados por los militares, (principalmente en la Rep. Argentina, en donde actuaba en tareas de coordinación de operaciones) parece que relata el cuento de un buen tío. Vayamos a sus palabras: “las personas que estaban a cargo de eso, que no eran uruguayos, se encontraron con niños y se quedaron con ellos. Esos niños adoptaron otra identidad, otra vida; no se puede hablar de niños desaparecidos en el mismo sentido que de los otros desaparecidos. No se puede hablar de niños muertos. Desaparecieron, desapareció su identidad y adoptaron otra vida en otra familia” (ob. cit. pág. 43-4). Ninguna mención al asesinato de los padres de los niños, ninguna mención al rapto de esos niños, ninguna mención a la violencia de ocultarles sus verdaderas historias, ninguna mención a que ese hecho obligaba a esos niños, muchos de ellos recién nacidos, a la violencia de apropiarse de la identidad, en muchos casos, de los verdugos de sus padres. Lo presenta casi como un acto voluntario de elección de una identidad que les fue robada. Convierte este crimen sin nombre en casi un acto de caridad de los raptadores, ocultando la vileza y la cobardía que fue. Como

lo demuestra Daniel Gil, la moral del Capitán no es la moral de los hombres. Tomando nuevamente a Kant desarrolla el concepto de moral. Esta supone una conducta de reconocimiento de la existencia de otros hombres como tales, y recoge esa máxima subjetiva que constituye el imperativo categórico en la formulación kantiana: “obra de tal modo que la máxima de tu voluntad pueda valer siempre al mismo tiempo, como principio de una legislación universal”.

Del no pensar a la tetralogía del mal

Esta forma de neo-moralidad está directamente relacionada con la idea de no pensar. Esta dificultad provoca, como una de sus consecuencias, profundas alteraciones en los procesos de articulación lógica del pensamiento, así como su incapacidad de emitir juicios que permitan discernir lo que es el Bien de lo que es el Mal.

Para entender estas alteraciones, el autor, no apela a diagnósticos nosográficos ni a planteos psicopatológicos. Recurre a los mecanismos descubiertos por Freud tales como represión, desmentida, desestimación, etc. Desarrolla estos conceptos desde una perspectiva psicoanalítica, destacando como mecanismos principales la desestimación y la desmentida.

Por ejemplo, en el caso de las violaciones, dijo que un solo violador fue sancionado, lo que constituye una flagrante mentira. Desmiente el hecho y al mismo tiempo lo desestima, ya que si fue una violación y fue sancionada no es grave ni importante.

Del mismo modo diluye la definición de tortura diciendo que es “ sufrimiento o angustia”, lo que implica un juicio de desestimación por medio del cual no sería un acto que provoca intensos sufrimientos físicos y mentales provocados por agentes de la función pública, sino que sería una especie de padecimiento universal, por lo tanto la tortura como tal, no existe.

Los testimonios de Amílcar Lobo, medico brasileño participante en la tortura, de Rudolf Hess, el conocido nazi responsable del campo de Auschwitz y de un infante de marina de los EEUU que participó en la masacre de My Lai, en la guerra de Viet-Nam, presentan importantes coincidencias con lo relatado por el Capitán Tróccoli. Esto permite al autor realizar un aporte personal que resulta esclarecedor a los efectos de entender algo más de la mentalidad del torturador.

Denomina la tetralogía del mal, a cuatro elementos que son comunes a todos ellos:

. La obediencia absoluta a la autoridad. No es la obediencia a la Ley, que trasciende a la autoridad. Cuando se contradicen Ley y autoridad, el mandato ético es obedecer la ley, tal como lo expresa el imperativo categórico de Kant.

- La indiferencia. Es cuando el otro es considerado como no humano (es referido como objetivo, masa, cosa, enemigo, etc.).
- Ausencia de sentimiento de culpa. El conflicto se proyecta al “enemigo”. Hay un modo de funcionamiento egosintónico entre sus pensamientos, sus actos y la conciencia moral.
- La doble vida. Implica que en su vida familiar y social se comportan con normalidad, en franca oposición a sus actos de crueldad.

Estos conceptos permiten desarrollar ciertas hipótesis desde una perspectiva psicoanalítica, pero antes quisiera referirme a otro tópico que se desarrolla en el libro y es la oposición existente entre la figura del torturador, y aquellos que sufrieron sus vejámenes, es decir, las víctimas.

Con la colaboración del Lic. Sandino Núñez, Daniel Gil, describe el discurso del Capitán Tróccoli, como un artefacto impersonal, una máquina que forma parte de un engranaje colectivo de poder, sin individuos y sin diferenciación. Es más que un discurso una gramática generadora de muchos discursos. La post-modernidad engendra estos seres sin historia, sin futuro, sin conflictos, transformados en máquinas para matar. Opera en ellos el mecanismo paranoico de que siempre el otro es el culpable. También la presencia del personaje del libertino, que ocupa las obras del Marqués de Sade, configura otra línea explicativa en la que podemos vislumbrar la figura del torturador. Es en esa encrucijada, en donde la insensibilidad se articula con la crueldad, que el libertino en la ficción sadiana como el torturador en la realidad se tienen que insensibilizar frente al otro generando así su propia negación. Para salir de esa nada en que quedan convertidos deben franquear todo límite, y violar toda ley. Crean así, poder transferir la nada en que se convirtieron, transformando en nada a sus víctimas.

A esta maquinaria donde se conjugan la crueldad, la insensibilidad y lo impersonal de un discurso a-pático (sin pathos) le antepone el autor las figuras de las víctimas del holocausto (encarnadas en las voces de Primo Levi y Roberto Antelme). La paradoja de los sobrevivientes (no todos, como lo explica P. Levi) es que éstos sienten la culpa que

sus victimarios no sienten. Sería una culpa por mantenerse vivos, por haber sobrevivido, por no rebelarse. La lucha por la vida propia genera en ellos una suerte de sentimiento de egoísmo y vergüenza, ya que ver al otro, al prójimo, reducido a una nada humana, estaría mostrando la nada que se sienten (no hay donde mirarse, porque tenemos delante nuestra imagen, sostiene Levi). La culpa, es culpa por omisión de socorro, casi como una ausencia de Piedad. Se encuentran atrapados por la culpa. Lo que hay es responsabilidad, el justo es tal porque se siente responsable por la desgracia que sufre el prójimo. Hay en ellos una dificultad en la separación entre culpa y responsabilidad. Las experiencias traumáticas son de tal magnitud que se hace muy difícil, y a veces imposible vivir en esas condiciones. Muchas veces se dejan morir o se suicidan. El autor *analiza* este hecho también desde una perspectiva psicoanalítica, pero quizás no sea lo fundamental de la vergüenza del justo. Más que nada nos hace pensar que reconocer la alteridad del otro, no necesariamente supone dejar de reconocerlo como prójimo. Reconocer al otro como otro, es correcto en el plano ontológico, pero reconocer la responsabilidad que tengo con el prójimo es un deber en el plano ético, y a pesar de la distancia entre el imperativo ético y la posibilidad de cumplirlo, no deja de tener un carácter de mandato que se debe intentar cumplir.

Reflexiones psicoanalistas

En la última parte del libro, Daniel reflexiona tomando el modelo de la 2a tópica freudiana y en especial la formación del super-yo, articulándose con los puntos que conforman la Tetralogía del Mal (la indiferencia, el sometimiento a la autoridad, la ausencia de sentimientos de culpa y la doble vida). Contrario al sujeto de la modernidad, sometido a un super-yo tiránico, y atrapado por la culpa y el pecado, el torturador, quien también obedece a las instancias de autoridad, no presenta los mismos signos de moralidad, y lo que se destaca en ellos es la indiferencia y la ausencia de sentimientos de culpa.

En relación a la indiferencia Daniel Gil, tomando la ausencia de odio que afirma Tróccoli, la indiferencia de Hoss y la ausencia de sentimientos de A. Lobo, señala que esta indiferencia se produce ante el sufrimiento que estos sujetos provocan en otras personas. Tienen como denominador común la ausencia de odio, ya que odiar supone una pasión, un pathos y un reconocimiento del otro aún en el deseo de aniquilarlo. El

“profesional de la violencia”, para aplicar la tortura, tiene que ser indiferente ante el dolor que provoca al otro, sino la tortura no se podría realizar. Como sucede con el libertino, para salir de su propia muerte, de su propia nada (que es la indiferencia), es la crueldad lo que lo salva, y lo sostiene como viviente.

Se pregunta el autor: ante la ausencia de odio, ¿cual es el destino de las investiduras de objeto que han sido sustraídas de él? Y responde pensando que estas cargas de las que fue privado el objeto, retornarían al yo. No hay en estos sujetos la separación clara entre yo y superyo como en el neurótico, tampoco la fusión entre yo y super-yo que se encuentra en la manía, con el desprecio y exaltación hacia el objeto característico de estos cuadros. Mucho menos la salida melancólica, en donde el Super-yo condena al yo al delirio de insignificancia y denigración. Daniel, postula una suerte de “acuerdo” entre el yo y el super-yo, y lo explica apelando a la noción de identificación. Es por medio de la identificación, que se mantiene el objeto que ha debido resignarse. Las identificaciones tienen una etapa previa que es la de la idealización del objeto, ya que nos identificamos con los objetos sobre valorados que debemos resignar. Desde el punto de vista tópico la identificación se realiza en el yo o en el super-yo, pero en determinadas situaciones se produce entre instancias, en donde el yo se identifica con el super-yo. Esta identificación por medio de la idealización se ve cuando el Capitán Tróccoli se convierte en el Jefe de Brigada. Así encarna al super-yo ante sus subordinados. El yo se identifica con el super-yo, y es ese “hijo de puta legendario”, dueño y señor de vida y obra de los otros, subalternos y víctimas.

En relación a la ausencia del sentimiento de culpa, explica el autor que mientras en el punto extremo del melancólico la culpa hacia el objeto recae sobre el yo por identificación, en el torturador, culpa y masoquismo (en relación al super-yo), se proyecta en la víctima, convirtiéndolo en culpable de un delito cometido por el cual debe pagar. Mientras esto sucede, queda en el torturador la tranquilidad del “deber cumplido” y pone en evidencia la obediencia absoluta al super-yo cruel y despiadado (que está o en el propio yo o en las figuras de autoridad) y se traslada toda la culpa sobre la víctima.

En el punto referido al sometimiento absoluto a la autoridad, se pregunta Daniel, como se produce esa obediencia en relación al super-yo. Trabaja los textos de Freud (en especial Psicología de las masas) en lo referido a la situación de sobrestimación del objeto (objeto sexual, líder, o conductor), y lo que Freud llama la “ceguera lógica” que

produce un debilitamiento del juicio hacia el objeto, y un sometimiento a los juicios que emanan de éste. Esta creencia incuestionable a la autoridad determina su sumisión. No hay un reconocimiento a la autoridad representativa y transmisora de la ley, sino una aceptación incondicional del autoritarismo, que es la ley encarnada en una figura arbitraria. También se refiere a la idealización, imprescindible para la formación del ideal y a la búsqueda de figuras autoritarias que al precio del sometimiento se ofrecen como salvadoras. Recurre a la idea del masoquismo moral y de la regresión desde la moral y la conciencia moral, hacia el masoquismo moral.

Se pregunta sobre como se puede construir una ética a partir de esa figura del super-yo, que Lacan catalogó como “obsceno y feroz”. Para el modelo teórico freudiano, una vez satisfecho el odio al padre mediante el parricidio surge el arrepentimiento por el acto. Esto permite la emergencia del amor, condición imprescindible para que, por medio de la identificación con el padre, se instituya el super-yo. Esto no configura una instancia protectora o benevolente (respondiendo al amor y al arrepentimiento). Por el contrario, es una instancia básicamente punitiva que resguarda al yo de la perpetración del crimen y la agresión. De esto no se desprende mas que la constitución de un super-yo sádico y para el autor, desde la conceptualización freudiana del super-yo y de la ley no es posible comprender cierto acceso a ideas abstractas como Logos (razón) y Ananké (necesidad). Esta dificultad que trae la teoría, lleva a Daniel, a recurrir a las ideas de Lacan principalmente en relación a la separación entre el super-yo y el ideal del yo, así como la articulación entre los tres registros (lo imaginario, lo real y lo simbólico) y su relación con la figura paterna; y de Kant en relación a la distinción que hace el filósofo entre sumisión a la autoridad y sumisión a la ley. Estas propuestas son esenciales para comprender la mentalidad del torturador, ya que esa separación es fundamental para la conformación de una ética. La confusión entre ambas sumisiones (*a* la ley y a la autoridad) en donde la autoridad es la ley, hace pensar que el super-yo, feroz y despótico, ha usurpado el lugar del ideal del yo como imperativo ético.

Al final, Daniel se refiere al último punto de la tetralogía del mal: la doble vida del torturador. Dice que no son dos vidas diferentes que presenten conflictos, porque no existe en ellos la conciencia moral. En ambas situaciones o torturando o como padre de familia, obedecen al super-yo con la tranquilidad de conciencia del “deber cumplido”. Lo que estos sujetos no pueden comprender es algo que dice Antelme: que la especie

humana es única y una y todo intento de hacer del otro, del prójimo, un no humano, es inhumano.

Para terminar, recordaba aquel grito siniestro que Millán Astray escupió sobre el rostro de Unamuno: ¡Abajo la Inteligencia!, ¡Viva la Muerte! A este insulto del poder y la soberbia, Daniel Gil, responde con la palabra y el pensamiento, pero sobre todas las cosas con la posibilidad de convertir a la Razón en un acto de amor, de ahí, la Piedad de Eros.

Alberto Moreno